

LENTO REGRESO

Vuelve abril con sus lilas y sus fríos
nocturnos, con el viento de sus atardeceres
y el relente de su amanecidas
tan dulces de dormir. Los cerezos floridos
se ciernen en el aire,
como cuando eras niño y recorrías
este viejo camino que sube a Pinajarro,
y que ahora te lleva
a los días azules de la infancia,
entre lilas quemadas por el viento de abril.

Un valle recogido donde fuiste creciendo
en el gozo del viejo murmullo de la vida.
Allí, pronto, supiste
del juego de la luz al aire libre,
del oscuro tumulto que emerge de la tierra.
¿Prodigios? Sí, fugaces.
¡Ay, fábulas del tiempo!

Como ahora,
mientras miras la luz que baja de los cielos,
la más fina del año de puro quebradiza.

Transeúnte, más tarde, en ciudades ajenas,
paseaste sin rumbo por las calles de siempre,
entre gente que iba
y gente que venía
con carbones ardiendo en la mirada.
Todo, allí, era fugaz. Ahora lo recuerdas.
Todo, allí, era fingido:
la lluvia gris, el ruido de los coches,
la luz de abril, la vida suburbana,
que siempre irán contigo allá donde tu vayas.

Y así fluyó el amor... ¿Fue en primavera?
El miedo y la esperanza recorrían las calles
con la dicha en el rostro
y los ojos prendidos a la vida que fluye
y los ojos asidos a los sueños que pasan.
¡Ah, sí; fue en primavera!
Ahora lo recuerdas.

Mientras sigues subiendo
este viejo camino que lleva a Pinajarro,
entre lilas quemadas por el viento de abril.

EL TRANSEUNTE

Primero fue el asombro:
frío en la piel y sol en los cristales
bajo el cielo de junio. La mañana
volvió a contar las horas soleadas.
Salí de casa. El viento
agitaba las hojas de los árboles,
sonaba en el reloj del corazón,
ensombrecía a ratos la esperanza.

Después vino, no sé, tal vez el ansia
de tocar con los ojos y los labios
qué sé yo qué, la tarde,
el cielo, el mar, otras manos lejanas.
Alcé la frente al cielo,
y, allá lejos, las horas discurrían
con sus alas de sombra
antes de abandonarnos para siempre.

Al fin llegó la noche,
borrosa y destemplada;
la noche con su olor a lienzo usado,
con sus leves arrullos de lechuza.
Busqué luego en lo oscuro,
en las calles sin sol de la memoria,
y nadie me esperaba. Un viento frío
soplaba en las afueras de la vida.

Así, a flor de sueño, me detuve.
Un temblor fugitivo me acosaba.
Tendí la mano al mundo,
y no hallé más que sombras movedizas;
alcé la frente al cielo,
y no hallé más que sombras desoladas;
busqué luego en la sombra,
y sólo hallé memoria de la vida.